

hipótesis no ha podido ser demostrada. En cambio, sirven evidentemente para vestir ciertas ideas acerca de una su premano que rige los destinos de los hombres, de suerte que su verdadero carácter es el de religión. Pero además de estas dos maneras de considerar la cuestión, existen poderosos motivos para no ver en aquéllas más que una representación simbólica de las fuerzas de la naturaleza, siendo este aspecto el que más claro se presenta. Algunos ejemplos tomados de Rink y de Neumann demuestran el carácter principalmente mitológico de esas leyendas.

Durante su permanencia veraniega en un fjord perdió un hombre á su hijo adulto y habiéndole enterrado se marchó sin practicar la costumbre de llorarle por espacio de cinco días. Un matrimonio anciano allí abandonado pronunció algunas fórmulas mágicas sobre la tumba resucitando con ellas al muerto que desde entonces cuidó de su subsistencia con los productos de su caza y de su pesca. Pasado algún tiempo, volvióse callado y taciturno y habiéndole preguntado el padre adoptivo «querido hijo, ¿por qué no hablas?» confesóle que tenía una novia entre los espíritus de la costa y que le apenaba el tener que abandonar pronto á sus protectores para marcharse á la mansión subterránea, á lo cual contestóle aquél rogándole vivamente que implorara para sus padres adoptivos el permiso para seguirle. Pasado algún tiempo volvió el hijo con la autorización solicitada y los ancianos se apresuraron á cargar su bote y á ponerse en marcha. Manifestóles el joven que la entrada de la mansión subterránea era invisible, pero que bogaran sin vacilar hacia la pared de rocas, la cual se abriría por sí sola, añadiéndoles que si dejaban descansar los remos ó volvían la vista atrás la puerta se les cerraría para siempre. Llegados al sitio que su hijo les mostró, remarón rápidamente y al través de las peñas que por sí solas se abrieron apareció ante sus ojos el interior de la hermosa mansión; pero habiendo mirado á su alrededor volvióse á cerrar la roca y su bote chocó contra los arrecifes perdiendo el trozo de proa. Entonces el hijo adoptivo les dijo: «De hoy más hemos de vivir separados, pero construíd vuestra choza en la pared de roca y nada os faltará;» dicho lo cual se fué con los espíritus de la costa quienes proveyeron á todas las necesidades de aquellos ancianos.

Una vez un hombre, movido sólo por el ansia de aventuras, emprendió un viaje al Norte hasta el borde del hielo sólido; no vió allí playa en donde levantar su tienda, pero en cambio cogió tantos delfines grandes que cubrió el suelo helado de su tienda con pieles sin desgrasar y cada vez que cambiaba de residencia dejaba abandonadas la grasa y la carne, pues donde quiera que llegaba encontraba botín suficiente. Esta abundancia tiene para los groelandeses mayores atractivos aún que la caliente luz del sol y los mataderos de las comarcas del Sud; por esta razón aquel hombre siguió avanzando hasta que llegó á una cabaña abandonada cuyas vigas estaban hechas con cuernos de narval y en la que no se encontraba el más pequeño trozo de madera. Entonces comenzó á inquietarse y retrocedió para continuar su matanza en su viaje de regreso.

Neumann oyó referir lo siguiente entre los chuktches: «En una época en que no existía aún el estrecho de Bering sino que los dos continentes Asia y América estaban unidos en este punto, se acercó un oso blanco á un cazador atrevido y le provocó en desafío. El chuktche aceptó escogiendo como lugar para la lucha el istmo hoy convertido en estrecho. Durante largo rato combatieron el hombre y el oso y con tal violencia pisotearon la tierra que al fin pudieron unirse los dos mares; entonces la lucha fué desigual, pues el oso se encontraba en el agua en su

elemento, así es que el hombre comenzó á hundirse, pero haciendo un supremo esfuerzo logró subirse á las espaldas del oso, que quieras que no, hubo de llevarle á la orilla.»

Otra leyenda de los chuktches dice: «En época remota tenía un rico chuktche una hermosa hija destinada á ser esposa de un hombre rico pero viejo, si bien la muchacha amaba á un joven pobre. Llegado el día en que el anciano novio tenía que llevarse á su novia, corrió ésta hacia la abrupta costa, se encomendó al mar rogándole que la condujera á donde estaba su amado y se precipitó desde lo alto de las rocas. El gran espíritu del mar se apiadó de la joven y le prestó el medio cuerpo trasero de una morsa con cuyo auxilio pudo ganar la isla de Imaglin en donde encontró á su adorado. Pero el poderoso espíritu del sol castigó á la infeliz doncella por haber desobedecido á su padre y por haber emprendido la fuga, condenándola á tener durante toda su vida el cuerpo de una morsa. La descendencia de ella se parece á su madre y en la actualidad vive todavía en el mar junto á aquella isla.» Esta leyenda parece un fragmento de la de Sedna que refiere Boas hablando de los habitantes de Baffin.

Para comprender la vida religiosa de estos pueblos basta únicamente considerar el carácter de intimidad y de arrobamiento que fué causa de que tan rápidamente abrazaran el cristianismo y de que esta religión echara tan hondas raíces entre ellos. Los lapones pasan por excelentes cristianos y los mismos aleutianos y kamchadales han merecido alabanzas de los misioneros por su espíritu religioso. La historia de las misiones de Groelandia refiere numerosos casos de éxtasis que demuestran la fuerza de las dotes religiosas de los esquimales. El estado visionario de muchos hombres y mujeres ha sido más de una vez el punto de partida de extravagantes sectas. Una esquimal visionaria alcanzó en 1790 tanta influencia que una sola palabra suya bastaba para que la multitud diera muerte á los que ella designaba. Su marido, llamado Habakuk, que le estaba completamente sumiso, recibió de ella el nombre de Jesús y fué el verdadero jefe de la nueva secta que se estableció en el fjord de Kangerdlugsuaitsiak y se separó en absoluto de la misión. Uno de los datos más característicos para comprender la base de este movimiento es el modo cómo el paganismo se infiltró muy pronto, acabando por rasgarlas, en las tenues capas cristianas que envolvían las creencias de estos pueblos. A una mujer tenida por bruja se le chafaron las manos con piedras y se la arrojó al mar con la mayor sangre fría. En 1854 ocurrió en la estación morava de Friedrichsthal una de estas excitaciones religiosas: un esquimal cristiano que tenía, al decir de él, visiones y conversaba con el Redentor, tomó el nombre de Gabriel y llegó á tener tanta influencia que pocos fueron los groelandeses que se mantuvieron fieles á los misioneros. Estos se veían casi olvidados mientras que Gabriel bendecía matrimonios, cuidaba de otros servicios religiosos y enviaba emisarios en sus kajakes para conquistar prosélitos. Pronto la población entera se sintió dominada por un estado febril y muchos afirmaron que tenían revelaciones. Algunos se herían y daban á probar su sangre á los demás para que supieran cuán dulce era la sangre del Salvador. En conmemoración de la primitiva doctrina esquimal de las almas, soplaban Gabriel en la boca de sus adeptos para introducir en ellos el «espíritu» y aun llegó á concebir un gran proyecto en virtud del cual toda su hueste quería emigrar á la costa oriental para convertir á los paganos que allí residían y fundar una colonia.

LIBRO TERCERO

FORMAS DE VIDA DE LOS PUEBLOS DEL ANTIGUO CONTINENTE

INTRODUCCION

Los dos grandes contrastes de la emigración y de la vida sedentaria en el viejo mundo, —Estabilidad de la civilización.—Fundamento natural de la misma. —Territorios que incitan á la emigración y territorios que convidan al reposo.—Zona de cultura.

En el curso de la presente obra hemos hablado hasta ahora suficientemente de las condiciones naturales á que está sujeta la civilización y muy especialmente del poder de los climas crudos que impulsan al trabajo, fuerza fundamental de todo desenvolvimiento de cultura y de la flora y fauna no muy exuberantes de las zonas templadas. Hasta la saciedad se han reproducido con más ó menos variantes las siguientes palabras de Emerson: «Donde quiera que nieva, generalmente reina la libertad civil; allí donde crece el plátano el sistema animal se presenta perezoso y se alimenta á costa de superiores impulsos, distinguiéndose los hombres por su sensualismo y por su crueldad.» Al tema en esta proposición planteado hemos de volver continuamente, puesto que con frecuencia suma se ofrece ante nuestros ojos la gradación que existe entre los usos, costumbres y género de vida de los territorios en donde la naturaleza ruda impone una existencia miserable y oprimida y los que aparecen en un clima más benigno, con una existencia más fácil y en medio de mayores riquezas naturales. En los siguientes capítulos, nos moveremos en un terreno privilegiado sobre todos los demás en el cual desde hace miles de años la civilización se ha presentado en tan alto grado de desarrollo que sus comarcas se juntan formando desde el ángulo sudeste del Mediterráneo hasta más allá del Océano Pacífico una espléndida zona de cultura en donde aunan su fuerza favorable á los elementos civilizadores dos territorios naturales contiguos, la estepa y la tierra de labor, favorecidos por un clima templado.

La naturaleza de los países del viejo mundo ha contribuido poderosamente á todo aquello que en materia de fuerzas y de esfuerzos encontramos en los pueblos de Asia, de África y de Europa con carácter permanente. Los movimientos históricos son siempre en tanto típicos en cuanto la naturaleza de las relaciones imprime en su punto de partida y en su tendencia el sello de ciertas cualidades que se reproducen á causa de la duración de aquellas relaciones. Este hecho permite hacer inducciones que arrancando de lo que la historia certifica van á parar á lo que se ha realizado en la oscuridad de los tiempos prehistóricos. Y esto tiene doble importancia tratándose de una narración como la de esta parte de nuestra obra que abarca gran número de pueblos de cuya existencia y de cuyos destinos quedan sólo noticias vagas y á menudo únicamente un nombre por el cual se sabe que han existido. Todo pasa, aunque no todo con igual rapidez. La vida de la naturaleza es uniforme y se reproduce periódicamente, funcionando en ella de un

modo casi imperceptible las fuerzas del progreso y de la reacción; los pueblos, por el contrario, nacen y mueren más rápidamente y cuando á alguno de ellos le está concedida una larga existencia, las formas de su vida cambian, á menudo hasta hacerse desconocidas, en el transcurso de algunas generaciones. En tales circunstancias tiene algo verdaderamente consolador para el que toma como punto de partida los grandes contrastes de la naturaleza el hecho de poder avanzar por entre los pueblos encontrando otros contrastes que en su fundamento natural tienen la mejor garantía de permanencia, es decir de reproducción.

Del modo mismo que el suelo del viejo mundo está caracterizado por la gran zona de estepas que se extiende desde el Atlántico hasta el Pacífico y que por ambos lados limitan los países montañosos y los territorios bajos, informa su historia la lucha entre nómadas y sedentarios, entre pastores y agricultores. Estos dos caracteres, signos de más elevadas culturas, no sólo los vemos impresos en distintos pueblos, sino que dentro de ellos se han fundido pueblos y aun grupos de tales. En la fusión de los arios y de los altaicos del Ural con los grandes grupos de pueblos sedentarios y nómadas del Asia occidental y central hay algo causativo que permite suponer la fuerza etnogeneradora de las relaciones sociales; aparece también en esta unión algo que robustece los contrastes de las formas de cultura. Lo que ignoramos es hasta qué punto las costumbres de la vida penetran tan profundamente en el organismo que las menores partículas de éste pueden á su vez transmitir lo recibido á un germen extranjero haciéndose, por ende, aquéllas hereditarias. Que esto sucede es más que probable; que la falta de costumbre durante miles de años puede dar nueva forma á estas impresiones es cierto. Ante nosotros aparece la gran sencillez con que las funciones están distribuidas en la vida histórica del viejo mundo, y en su vista hacemos nuestras deducciones. La antigüedad conoció indudablemente nómadas arios, cuando nuestra época sólo ha visto pueblos sedentarios de esta raza. Casi ninguna tribu turca puede, por otro lado, ser considerada como completamente sedentaria ni siquiera como semi nómada. Los osmanes pueden presentar á los jurukes de Brussa y á los turcomanos de Siwa; de los turcos persas sólo los aserbaidzshanos son sedentarios, al paso que son nómadas los que desde hace 200 años residen al Norte de esta provincia. Los ersaris de la orilla izquierda del Oxus y los jomutes que habitan al Sudoeste de Chiwa son débiles seminómadas. Algunos rasgos de los usbekes llevan impreso el